

X.

Cumplida su mision de recibir y alojar á Cortés, Cuitlahuatl volvió al lado del emperador, del que no se separó ya. El día que los castellanos entraron á México-Tenochtitlan y que Motecuhzoma salió á recibirlos hasta la puerta de Huiztillan, se apoyaba en el brazo de Cuitlahuatl, que enérgicamente reprimió el desacato de Cortés, que pretendió abrazar al emperador; pero entonces el aventurero venia como huésped humilde que pide hospitalidad; ¡ah! pocos dias despues, abusando de la manera mas villana, cargaba de cadenas y mas tarde asesinaba al mismo que entontes queria estrechar entre sus brazos.

XI.

Terrible era la situacion que los castellanos y sus aliados guardaban, sitiados por los mexicanos en el palacio de Axayacatl, donde mantenian prisioneros á Motecuhzoma, Cuitlahuatl y á otros grandes personajes. Los diarios combates que sostenian los tenian cansados, y ya sus armas no eran bastante fuertes para procurarse víveres. Cortés, que habia ultrajado al emperador de una manera inconcebible, se vió precisado á suplicarle que diera sus órdenes para que se abrieran los mercados. “Y ¿cómo me haria obedecer, respondió el príncipe altivamente, si estoy prisionero, y conmigo todos aquellos en quienes podria delegar mi autoridad?”

Dícese que este fué un lazo en que cayó Cortés, pues ofreció poner en libertad á la persona que designara el emperador para que hiciera abrir los mercados; el designado fué Cuitlahuatl, es decir, la persona menos á propósito, supuesto su ódio á los españoles y su gran patriotismo.

Cuitlahuatl recibió la orden de hacer que los jefes del mercado de Tlaltitlulco remitieran víveres y forrajes al palacio sitiado. Probablemente las instrucciones secretas eran muy diversas, queremos creerlo por honra de Motecuhzoma. Cortés le recomendó con frases altivas la pronta ejecucion de las órdenes recibidas; el príncipe sin contestar se apresuró á salir para reunirse con los defensores de la patria.

XII.

Cuitlahuatl tenia, como hemos dicho, el grado de *Tlacchecalcatl* (generalísimo), y por lo mismo, segun antigua costumbre, era gran sacerdote de Huitzilopochtli, lo que le daba una grande importancia política y religiosa; esto, unido á las bellas prendas que lo adornaban, y á su nobilísima cuna, cosa tan esencial en una monarquía, hacia del señor de Iztapalapan el primer personaje del imperio, y el mas terrible enemigo de los invasores.

Fué, pues, recibido por los mexicanos con grandes muestras de alegría, y al punto lo reconocieron como jefe, cediéndole el puesto Cuauhtemoc, su glorioso y digno sucesor mas tarde; ambos de acuerdo trabajaron sin descanso toda la noche, y al amanecer del dia siguiente, el castellano Antonio del Rio, á quien Cortés enviaba á Veracruz conduciendo despachos en que comunicaba que la capital habia vuelto al orden, volvia á toda brida al palacio anunciando que los mexicanos reunidos en Tlatiluleo marchaban en son de guerra hácia los cuarteles españoles; y en efecto, pocos minutos despues se vieron estos acometidos de una manera terrible; invadidos é invasores peleaban con desesperacion, Cortés á la cabeza de sus aventureros vestidos de fierro hacia algunas salidas que causaban tremendas pérdidas á los mexicanos, en cuyas filas causaba tambien estragos horribles la artillería.

XIII.

El combate se prolongó por algunos dias, pero "mas bien parecia, dice un historiador, los ímpetus de una cólera desordenada, que un sitio en regla, tal como los aztecas sabian ponerlos, y era que la division que reinaba entre los príncipes de la sangre impedia que Cuitlahuatl tuviera el mando de una manera absoluta. La faccion militar y sacerdotal de que era jefe, renunciando á toda idea de transar con los enemigos de su patria, habia resuelto exterminarlos costara lo que costara, aun cuando con ellos se hundiera el soberano bajo las ruinas del palacio en que estaba prisionero. Pero la faccion opuesta, aunque disminuida considerablemente y en completa minoría, contaba entre sus filas á muchos príncipes influentes, entre otros al Cihuacoatl ó ministro de la casa imperial, y al príncipe Cihuacpopocatzin, hermanos ambos de Motecuhzoma, é hijos de Axayacatl, así como á Cipopcatli, único hijo legítimo de este príncipe, y Tecuecuenatl, su hijo natural, ambos en edad de poder reinar. Apoyados en el nombre del emperador, no cesaban, con el resto de su partido, aumentado por los sectarios de Quetzalcoatl, de ejercer una influencia favorable á los castellanos." Celosos de

la preponderancia de Cuitlahuatl y de Cuauhtemoc, é indignados del poco caso que el partido que estos representaban parecía hacer de la persona del soberano, pretendian impedir por medio de falsas maniobras el éxito de los ataques contra la fortaleza, á la que con frecuencia introducian víveres, á despecho de la faccion sacerdotal. ¡Fatal sino ha sido siempre el de México, encontrarse con traidores en sus calamidades nacionales!

No obstante, estas rémoras solo consiguieron prolongar el combate haciéndolo mas sangriento y mas destructor; se combatia en la fortaleza, en los canales, en las calles, en los templos; el acero y el itzli segaban las filas de mexicanos y castellanos, y el fuego destruia los mas hermosos monumentos de la ciudad. Las fuerzas mexicanas, á pesar de sus enormes pérdidas, no disminuian, porque hora por hora llegaban los contingentes que enviaban las provincias fieles á su patria.

Un dia en que el combate fué mas terrible, pues lograron algunos mexicanos introducirse al recinto fortificado, notó Cortés á un guerrero que llevaba las insignias del mando, y que rodeado de gran número de jefes animaba á los combatientes con el gesto y con la voz. Era Cuitlahuatl; con él estaba Cuauhtemoc, su primo y yerno de Motecuhzoma, Totoquihua, rey de Tlacopan, Cohtuanacoch, hermano del rey de Tetzecoco, todos conspirando al mismo fin, acabar con los enemigos de la patria.

Cortés, al ver al guerrero y á su comitiva que desplegaban tanta energía, quiso saber el nombre de aquel, y temió que los mexicanos hubieran dádose un nuevo emperador; ambas cosas preguntó á Motecuhzoma por medio de su manceba D^a Marina, obteniendo la respuesta siguiente: "Ese guerrero es mi hermano Cuitlahuatl, que pusísteis en libertad á petición mia, y el que está mas cerca de él es el príncipe de los acolhuas. En cuanto á elegir un nuevo emperador, añadió altivamente, no se atreverán mientras yo viva."

XIV.

Hora por hora se hacia más difícil la situacion de los sitiados; sus frecuentes salidas les causaban pérdidas irreparables; resolvieron evacuar la ciudad, no sin consumir la mayor de las iniquidades, asesinando al emperador de México y al rey de Tetzecoco, herido de antemano el primero por sus mismos súbditos, en castigo de su cobardía.

Fijóse la salida de la fortaleza para la media noche del 30 de Junio de 1520. Dejemos referir la tremenda derrota de los invasores al erudito y elegante historiador Brasseur de Bourbourg.

XV.

“El ejército salió del palacio en tres divisiones. Sardoval mandaba la vanguardia, Alvarado y Velazquez de Leon la retaguardia, Cortés el centro, donde iban los prisioneros y los rehenes, entre los que figuraban un hijo y un hermano de Motecuhzoma, dos de sus hijas, con los príncipes y princesas acolhuas, así como otros mexicanos de alto rango. Se colocó allí tambien la artillería, los equipajes y municiones, lo mismo que un puente de madera conducido en hombros de cincuenta hombres, para atravesar los canales cuyos puentes estuviesen rotos. Siguió el ejército en el mas profundo silencio la calle que conducia á la calzada de Tlacopan, (1) que él escogió por ser la mas corta de las tres vías, y que por estar cortada por solo tres canales ofrecia menos obstáculos (2)

“Los castellanos la recorrieron sin ser inquietados hasta el

1 Corresponde á las actuales calles de Esealerillas, Tauba y siguientes.—N. T.

2 La calle de Tlacopan no tenia mas que tres grandes puentes levadizos que pudieran destruirse, dice Torquemada, mientras por la de Iztapalapan tenia siete y muchos mas la de Tepeyacac.

canal llamado Teepantzinco, que era el primero; ya habian colocado el puente, y la mayor parte lo habia atravesado, lisonjeándose de que el enemigo no se habia apercibido de su retirada.

“En ese momento una vieja que vendia comestibles, y que tenia una especie de taberna en la calle de Ayotlicpac, (1) se dirigió al canal á sacar agua; reconoció al punto á los españoles, y calculando lo que pasaba, corrió por las calles vecinas gritando: “A las armas, mexicanos! los dioses que teneis sitiados se escapan. Caed sobre ellos y matadlos, porque van en busca de refuerzos para sitiar y destruir nuestra ciudad!” Sus gritos llamaron la atencion del centinela situado en la cima del templo de Huitzilopochtli, y al momento dió la voz de alarma á toda la ciudad. Los lúgubres instrumentos bélicos resonaron por todas partes, así como los gritos de multitud de enemigos. El canal se cubrió de embarcaciones; las flechas, las piedras y los tizonos encendidos comenzaron á llover por todas partes sobre el ejército castellano y sus aliados. Todos habian pasado; pero como llovia, el puente de madera se habia hundido bajo el peso de la artillería, y no se pudo desprenderlo. Por su parte los mexicanos se precipitaron sobre él con tal furia, que fué preciso abandonarlo. Turbados por este accidente, los invasores avanzaron precipitadamente hácia el segundo canal, llamado Tolteca-Acalolco; del puente no quedaba mas que una viga. Aunque los castellanos se defendian con su habitual valor, reducidos á una calzada estrecha y resbaladiza, su disciplina y destreza de poco les servian, á la vez que la oscuridad de la noche les hacia perder gran parte de la ventaja que les daba la superioridad de sus armas.

“Al grito de “¡mueran los perros cristianos!” casi todos los habitantes de México se lanzaron con tal ardor sobre sus opresores, que los que no podian aproximarse empujaban á

1 Muñoz Camargo. Historia de la República de Tlaxcallan.

sus compañeros con terrible violencia. El canal se llenó de muertos y moribundos. Cortés con inaudito valor hacia las funciones de soldado y de general á la vez, y espada en mano, con la agua á la cintura, apartaba á los mexicanos para dar lugar á que los suyos pasaran por la viga. En medio de este tumulto y de este desórden llegó al canal de Petlacolec, por donde sin gran dificultad Sandoval logró hacer pasar la vanguardia. Pero los españoles, cansados de la carnicería, y no pudiendo ya sostener el esfuerzo del torrente que seguía desprendiéndose sobre ellos, comenzaban á cejar. Nuevos combatientes sucedían sin cesar á los que caían; la opresión era tan grande, que la retaguardia y los equipajes, chocándose en la oscuridad, ocasionaron una espantosa confusión. En un momento el desórden fué general: ginetes y peones, oficiales y soldados, amigos y enemigos se encontraron mezclados combatiendo; los que morían podían apenas distinguir qué mano los hería. (1)

“Cortés, con cerca de cien hombres de su infantería y algunos ginetes, logró por fin cruzar la última brecha que tenía la calzada, colmada de cadáveres, poniendo el pié sobre tierra firme junto á Popotla. Formó sus soldados en batalla á medida que llegaban, y con aquellos que estaban en estado de combatir, volvió á favorecer la retirada de los que habían quedado atrás, alentándolos con la voz y el ejemplo. De este modo recibió á una parte de los suyos que habían logrado abrirse paso al través del enemigo. El resto, agobiado por el número, había perecido ahogado en el lago ó á manos de los mexicanos, ó combatía en el interior de la ciudad, demasiado lejos para ser escuchado. Cosa espantosa era ver la confusión que había en este punto, y el corazón de Cortés se partía con los lamentos de los que caían ó que eran llevados prisioneros para inmolarlos á los dioses. Alvarado, desmon-

1 Bernal Diaz. Historia de la conquista.—Cartas de Hernan Cortés. Gomara, Crónica.

tado y herido, fué de los últimos en pasar por una viga que había quedado sobre el canal. Esto dió lugar mas tarde á un equívoco satírico, que le imputaba haber abandonado por salvarse á multitud de sus camaradas. Con el tiempo, y la propensión del público á lo maravilloso, el equívoco se convirtió en realidad, cuyo recuerdo aún se conserva en la calle del Puente de Alvarado. (1)

“Antes de amanecer, todo lo que había escapado de esta terrible noche, llamada con razón por los castellanos *Noche Triste*, se encontró reunido bajo los muros de Tlacopan (Tacuba); atravesaron sin hallar resistencia las calles de esta ciudad, guiados por algunos prisioneros parientes de Motecuhzoma. Pero los mexicanos que seguían persiguiéndolos, mataron sin saberlo á un hermano del monarca difunto. Con el día la persecución comenzó á disminuir. Una parte de los perseguidores, habiendo reconocido al príncipe entre los muertos, se detuvieron dando grandes gemidos; otros, atraídos por la vista de los ricos despojos que regaban el camino, dejaron á los fugitivos para ocuparse del botín, y unos después de otros regresaron á la capital. Al pasar una barranca, los españoles fueron aún inquietados por un cuerpo de tepanecas, salido de Azcapotzalco. Cortés estaba en la retaguardia, alentando á los suyos con su presencia; y aunque herido, seguía batiéndose. Allí fué donde un español que llevaba una enorme cantidad de oro, exclamó: “¡Señor, qué haré con todo este oro que me impide andar!”—“Da ese oro al diablo, contestó bruscamente el general, si debe costarte la vida, y avanza.” Siguió el consejo y corrió mas fácilmente.

“Habiendo logrado llegar á las alturas vecinas, tomaron posesión de la aldehuela de Otonteocalco, (2) y se atrincheraron en el templo y edificios anexos. Allí fué donde pudieron conocer todas las pérdidas que habían sufrido. Cuando

1 Ramirez. Proceso de Alvarado, etc.

2 Sahagun. Historia de Nueva España.

Cortés vió reunidos en su presencia los tristes restos de sus tropas, disminuidas en mas de la mitad, desalentados, cubiertos de heridas la mayor parte de los que quedaban, el recuerdo de lo que habian sufrido y la memoria de los buenos amigos y fieles compañeros que habia perdido, lo hundieron en la mas viva afliccion, y las lágrimas corrieron por sus mejillas! Esta retirada habia costado la vida á mas de cuatrocientos castellanos y á muchos oficiales distinguidos, entre otros á Juan Velazquez de Leon, que habia abandonado el partido de su pariente, el gobernador de Cuba, para seguir el de Cortés; con él murió la hija de Maxixcatzin, que habia tomado por mujer en Tlaxcallan; cerca de cuatro mil hombres de las tropas aliadas tlaxcaltecas, y sobre todo chololtecas, perecieron, (1) la mayor parte de los príncipes y princesas que estaban en rehenes, murieron tambien, así como toda la servidumbre y cuarenta y seis caballos. Se perdió toda la artillería y las municiones, las relaciones y los manuscritos de Cortés, lo mismo que la mayor parte de los tesoros reunidos á costa de tantos trabajos y extorsiones. Estas riquezas, el casi solo objeto de la expedicion, fueron la causa principal de su desgracia; porque los soldados estaban de tal modo cargados de oro, que les fué imposible combatir, y retardados en su huida, perecieron víctimas de su avaricia."

1. Creo que en esto hay un error, pues Cortés en sus cartas asegura que en la Noche Triste perdió «seis mil ánimas.»

XVI.

La retirada continuó, haciendo grandes rodeos; entretanto Cuitlahuatl volvió á la capital, satisfecho de haber vencido á los invasores de su patria. ¡Cuánta gloria habia adquirido! No hacia ocho dias que habia sido puesto en libertad, y ese poco tiempo le bastó para organizar el sitio en forma, para obligar á los castellanos y á sus traidores aliados á salir de la fortaleza, y destruirlos acuchillándolos hasta mas allá de los límites occidentales del imperio. ¡Oh! si el degenerado Motecuhzoma escucha la voz varonil y patriótica de su hermano, ¡cuántos males se hubieran evitado! los castellanos jamas habrian pisado la capital del imperio, se habria salvado la civilizacion azteca, y á México se le habrian ahorrado tres siglos de esclavitud, tres siglos de abyeccion, de miserias, de lágrimas!

Pero estaba escrito que las cosas pasaran de distinto modo. El hijo de Axayacatl cumplió con su deber, y solo pudo escribir con la punta de su *macuahuitl* una de las mas bellas páginas de la historia nacional: la tremenda Noche Triste, en medio de cuyo oscuro cielo se destaca lleno de luz el glorioso nombre de Cuitlahuatl.